

## LA HIJA DEL JUDÍO, ENTRE LA INQUISICIÓN Y LA IMPRENTA

Varias hijas tiene la literatura mexicana del siglo XIX, en el cuento, la novela de folletín y el teatro. Entre otras, *La hija del oidor* de Ignacio Rodríguez Galván<sup>1</sup>; *La hija del bandido* de Refugio Barragán de Toscano<sup>2</sup>; *La hija del cantero* de Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio<sup>3</sup>; y *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Rodríguez Galván escribió *La hija del oidor* en 1836 y la publicó en uno de los volúmenes de la serie *El Año Nuevo*, México, 1837, pp. 73-94. Por su brevedad, *La hija del oidor* es considerada como novela corta o como cuento largo.

<sup>2</sup> *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado* se publicó por primera vez en Guadalajara en 1887; ha tenido varias reimpresiones. Entre su obra, Refugio Barragán de Toscano tiene también *La hija de Nazaret* (poema, 1880) y *La hija del capitán* (comedia, puesta en escena en 1886). Véase la información, el análisis y la selección de DIANA MORÁN y LAURA CÁZAREZ, "Doña Refugio Barragán de Toscano: *Luciérnagas* y *La hija del bandido*", en *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, eds. A. R. Domeneila y N. Pasternac, El Colegio de México, México, 1991, pp. 77-115.

<sup>3</sup> Comedia de 1862. Junto con otras piezas dramáticas fue publicada por la Imprenta de F. Díaz de León y S. White, México, 1871.

<sup>4</sup> *La hija del judío* apareció del 10. de noviembre de 1848 al 25 de diciembre de 1849 en *El Fénix*, uno de los cuatro periódicos fundados por Sierra O'Reilly. Tres años antes de la aparición de esta novela, Wenceslao Ayguals de Izco publicó en España *María, la hija de un jornalero* (1845-1846). Es la época del folletín, y tanto Ayguals de Izco en España como Justo Sierra O'Reilly en México son importantes en el inicio y desarrollo de la novela por entregas. En los dos escritores hay relaciones significativas con Eugène Sue; Ayguals de Izco es el traductor al español de las novelas del escritor francés, y Sierra O'Reilly abre las puertas al judío errante en México. Importantes relaciones y datos bibliográficos de la novela decimonónica en España y otros países europeos ofrece JOSÉ F. MONTESINOS, *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*, 3ª ed., Castalia, Madrid, 1972. En el análisis de *La hija del judío* veremos la referencia explícita que aparece respecto a los personajes de esta

Un oidor, un inquisidor y un bandido son, nada menos, los padres de algunas de estas hijas vistas como personajes. Y vistas como textos, algunas de ellas se relacionan con aquella señora tan temida, terrible y forzosamente respetada, que fue la Santa Inquisición.

Es el caso, por ejemplo, de *La hija del judío* de Sierra O'Reilly<sup>5</sup>, emparentada también por su temática con *Muñoz, visitador de México*, que Rodríguez Galván dio a conocer en 1838<sup>6</sup>, y con *Monja, casada, virgen y mártir* de Vicente Riva Palacio, publicada en 1868<sup>7</sup>.

A diez años del drama con el que Rodríguez Galván inicia el tema colonialista en la literatura mexicana<sup>8</sup> y a veinte años de la

---

novela y los personajes de novelas históricas y folletinescas europeas.

<sup>5</sup> Para los datos biográficos y bibliográficos de Justo Sierra O'Reilly (1814-1861), puede consultarse FRANCISCO SOSA, "Justo Sierra", *Biografías de mexicanos distinguidos*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1884, pp. 976-983; ERMILO ABREU GÓMEZ, "Sierra O'Reilly y la novela", en *Clásicos, románticos, modernos*, Ediciones Botas, México, 1934, pp. 93-129 (antes había aparecido en *Contemporáneos*, 1931, núm. 35, 39-73) GABRIEL FERRER DE MENDIOLA, "Justo Sierra O'Reilly (Literato, jurista, político, historiador, 1814-1861)", *Enciclopedia yucatanense*, Edición Oficial de Gobierno de Yucatán, Mérida, 1944, t. 7, pp. 205-244; y JOSÉ ESQUIVE PREN, "Justo Sierra O'Reilly, Padre de la novela en Yucatán", *Historia de la literatura en Yucatán*, Ediciones de la Universidad de Yucatán, México, 1975 t. 8, pp. 9-74. Véase el prólogo de A. CASTRO LEAL a su edición de Porrúa México, 1959 (*Autores Mexicanos*, 80), pp. ix-xxi, "Noticia biográfica", pp. xxi-xxiv y "Noticia bibliográfica", pp. xxv-xxvi); y en *La novela del México colonial*, Aguilar, México, 1965, t. 2, pp. 27-28 y "Nota biográfica", pp. 23-24 (*La hija del judío* aparece en pp. 29-346 de esta edición). Para más datos consúltese también AURORA M. OCAMPO DE GÓMEZ y ERNESTO PRADO VELÁZQUEZ, *Diccionario de escritores mexicanos*, UNAM, México, 1967.

<sup>6</sup> Publicada por la Librería de Galván, México, el mismo año de su presentación en el Teatro Principal, que fue el 27 de septiembre de 1838.

<sup>7</sup> *Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición* fue impresa por primera vez por M. C. de Villegas, México, 1868. Tanto Riva Palacio como Sierra O'Reilly tuvieron acceso a documentos y archivos coloniales, aprovechados ampliamente en sus novelas, una situada en la "muy noble y leal ciudad de México" y la otra, en la "muy noble y leal ciudad de Mérida". En *La hija del judío* se menciona que Felipe IV otorgó el título a esta ciudad, y aparece el cuadro donde se conservaba autógrafa la carta real.

<sup>8</sup> El nombre de Justo Sierra O'Reilly figura entre los novelistas de tem colonial citados por AMADO ALONSO en *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en "La gloria de don Ramiro"*, Coni, Buenos Aires, 1942 (*Estudios Estilísticos*, 3), pp. 65 y 145. En Sierra O'Reilly se ve con claridad esa "peculiar actitud del creador literario ante la materia histórica", de la que habla Amado Alonso respecto a la novela histórica (*ibid.*, p. 10 y *passim*). La creación se si

novela de Riva Palacio, *La hija del judío* se coloca en medio de estos dos textos y representa, en opinión de Luis González Obregón, “la primera novela histórica propiamente dicha que se escribió en el país”<sup>9</sup>.

La historia colonial de Yucatán tiene en *La hija del judío*<sup>10</sup> uno de los espacios más importantes de reconstrucción histórica y creación literaria. La autoría de la novela se esconde tras el nombre de José Turrisa, anagrama de Justo Sierra, jurista, historiador, periodista<sup>11</sup> y escritor del siglo XIX que elige un suce-

---

bordina a la historia y se convierte muchas veces en información de orden intelectual; al mismo tiempo, la reconstrucción del pasado —presentado en su lejanía— se ofrece en relación con el presente, desde la visión actualizada del escritor. Como dice Amado Alonso, las cosas son vistas *sub specie temporalitatis*.

<sup>9</sup> LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN, *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*, Tip. de O. R. Spíndola y Cía., México, 1889, *apud* ESQUIVEL PREN, art. cit., p. 19; de la misma manera habla de esta novela FRANCISCO MONTERDE en la introducción a JUAN B. IGUÍNIZ, *Bibliografía de novelistas mexicanos*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1926 (*Monografías Bibliográficas Mexicanas*, 3), *apud* ABREU GÓMEZ, art. cit., p. 102. Ambos se refieren a la primera novela histórica escrita en México. Antecede a esta y a otras novelas históricas con tema americano —por ejemplo, *Guatimozín, último emperador de México*, que la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda publicó en Madrid en 1846— *Xicoténcatl*, novela anónima escrita en español y publicada en 1826 en Filadelfia. El trabajo más completo sobre esta novela es el de LUIS LEAL, “*Xicoténcatl*, primera novela histórica en castellano”, *RevIb*, 25 (1960), 9-31.

<sup>10</sup> Existen varias ediciones de *La hija del judío*, a partir de la primera edición publicada como folletín en el periódico *El Fénix*. Hay dos del mismo siglo XIX, con prólogo de Crescencio Carrillo y Ancona; una es de la Imprenta del Comercio, Mérida, 1874 y la otra de la *Revista de Mérida*, Mérida, 1874. En la primera década de este siglo apareció en el t. 1 de las *Obras del Dr. D. Justo Sierra*, ed. V. Agüeros, México, 1908 (*Biblioteca de Autores Mexicanos*, 63 y 65). Más tarde fue publicada por Ariel, Mérida, 1926 (*Biblioteca de Autores Peninsulares*, 4, 5 y 6); por la Biblioteca de la *Revista Social*, Mérida, s.f.; y por la Editorial Club del Libro, Mérida, 1950, 2 ts. El prólogo de Carrillo y Ancona aparece también en las ediciones de 1908 y 1950. La editorial Porrúa publicó la edición de A. Castro Leal, que es la misma de *La novela del México colonial*, ambas citadas en nota 5 de este trabajo. Años después la Universidad Autónoma de Yucatán reimprimió la edición de Porrúa (Mérida, 1990, 2 ts.). Utilizo esta edición y anoto entre paréntesis el número del tomo, la parte, el capítulo y las páginas que cito. La Editorial Club del Libro puso nombre a los capítulos, que son los que aparecen en la edición de Castro Leal.

<sup>11</sup> Además de *El Fénix*, de 1848-1849, Justo Sierra fundó *El Museo Yucateco*, que se publicó de 1841 a 1842; el *Registro Yucateco*, que apareció de 1845 a 1849; y *La Unión Liberal*, de 1855 a 1857. *El Museo Yucateco*, que comprende dos tomos en cuarto, fue el primer periódico literario que se publicó en Yucatán. Del *Registro Yucateco*, en cuarto también, se publicaron cuatro tomos, de

so del pasado, lo noveliza y sitúa su trama a mediados del siglo XVII.

La Guerra de Castas estalla en Yucatán año y medio antes (1847) de que Sierra O'Reilly comience a escribir y a publicar simultáneamente *La hija del judío*, pero su mirada y su escritura no se detienen en este hecho histórico inmediato sino que están puestas dos siglos atrás<sup>12</sup>. De ahí deriva su conocimiento y visión crítica de la Colonia, al fijar su atención en los españoles que viven en la provincia de la Nueva España, cuyos intereses se enfrentan con los de los mandatarios que desde el centro llegan a gobernar muchas veces por la fuerza. Es ésta la situación política planteada en el texto, en la que están involucrados también los padres de las diferentes órdenes religiosas, representantes todos de la Santa Inquisición.

Historia y ficción configuran esta novela, respecto a los personajes, las acciones, los tiempos y los espacios narrativos. Sierra O'Reilly conjunta su capacidad de creación literaria y su capacidad de transformación y de recreación, a partir de sus investigaciones en archivos y viejos documentos, así como de su experiencia personal.

En las líneas iniciales de la novela, se asume el presente d

---

casi quinientas páginas cada uno (F. SOSA, art. cit., p. 978). En el *Registro Yucateco* publicó *Xtacumbilxunaan* ("La dama escondida"), t. 2, p. 248; *El secreto del ajusticiado*, t. 2, pp. 10-29; y *Los bandos de Valladolid*, t. 4. En *El Fénix* aparecieron, además de *La hija del judío*, las *Efemérides yucatecas*, *El lazarino* y otros relatos. ESQUIVEL PREN informa que estos escritos fueron recopilados en un tomo de la Biblioteca del Eco del Comercio en 1902; que *El secreto del ajusticiado* se reeditó en *Yucatán, artículos amenos acerca de su historia, leyendas, usos y costumbres, evolución social...*, ed. Álvaro F. Salazar, 1913; y que *La tía Mariana* apareció en la revista *Ah-kin-Pech*, 2 (1939), Campeche, núm. 23 (*ibid.*, p. 18). Con Sierra O'Reilly se inicia en la península yucateca el periodismo literario y la novelística.

<sup>12</sup> Es ésta la razón por la cual la crítica ve en Sierra O'Reilly un escritor romántico. Si bien su romanticismo consiste en reconstruir y novelar acciones del pasado colonial, la recreación se hace señalando explícitamente las diferencias entre ese pasado de doscientos años atrás y el momento en que se escribe. E. ABREU GÓMEZ, en *Clásicos, románticos, modernos*, subtitula a su sección de "Románticos" con "Sierra O'Reilly y la novela" y habla de la comparación que este autor hace entre el pasado que narra y su presente (pp. 9-156, esp., pp. 93-129). Entre los escritores que aparecen en "La novela romántica de mediados del siglo (1845-1851)", de RALPH E. WARNER, Juan Sierra O'Reilly aparece inmediatamente después de Manuel Payno (*Historia de la novela mexicana del siglo XIX*, Antigua Librería Robredo, México, 1953, pp. 13-21, esp., pp. 16-19).

la narración y se precisa el lugar donde se realizan las primeras acciones del relato, “aquellos mis lectores que, como yo, conozcan detalladamente la ciudad de Mérida, recordarán sin duda el aspecto fúnebre y ruinoso de cierta casa que, allá en tiempos remotos, perteneció a una familia ilustre” (I, primera parte, cap. 1, p. 1).

Esta descripción introduce de inmediato una especie de verosimilitud, posiblemente la que advertía Francisco Pimentel al referirse a esta novela, “el argumento esencial de *La hija del judío* es verosímil; lo son también las situaciones, las dificultades que forman el enredo de la novela. . .”<sup>13</sup>

El propio autor, al referirse a los lugares que describe, cita el precepto de Horacio, el *quidlibet audendi*, que se aplica “a los novelistas o a los que, como yo, embadurnan papel creyendo que escriben una novela, no hay duda que la ficción puede llevarse hasta donde sea verosímil” (II, cuarta parte, cap. 7, p. 135).

Asimismo explicita con cierto toque de humor, que se percibe en las líneas acabadas de citar, sus reflexiones sobre su trabajo de creación y recreación:

Como es preciso que el lector de esta historia entre ahora en el Real Palacio de los Capitanes Generales de la provincia, me parece que no llevará a mal encontrar en su camino los detalles que acaba de ver. Si no son conducentes a la perfecta inteligencia de las intrigas tramadas contra la hija del judío, encontrará, al menos, una curiosidad histórica, que no le causará más molestia que echar una ojeada sobre el papel, mientras a mí me ha costado gran trabajo arreglar mi relato; pues discurro que no llegará a figurarse en manera alguna que yo he visto por mis propios ojos cuanto le refiero (I, tercera parte, cap. 1, p. 292)<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> FRANCISCO PIMENTEL, *Obras completas*, t. 5: *Novelistas y oradores mexicanos*, Tip. Económica, México, 1904, pp. 257-508.

<sup>14</sup> Varias veces el novelista se refiere a su creación sin tomarse tan en serio, “hartos libros de fundamento existen para entretenerse e instruirse, sin necesidad de andar a salto de mata buscando folletines de periódicos. A vuelta de eso ¡cuántos hay que sólo han leído en su vida folletines y pasan por hombres de entendimiento refinado y capaces de censurar!” (I, tercer parte, cap. 1, p. 285). Comenta igualmente que la relación de la novela con sus recuerdos personales poco ha de interesar a sus lectores, “como Chucuaxim representa algún papel en esta historia y Chucuaxim está identificado con tantos recuerdos de mi vida de colegio, no he podido menos de detenerme a la puerta, al introducir allí al lector, y endorsarle este inútil episodio” (II, cuarta parte, cap. 7, p. 135). Esta actitud da a la lectura un tono ligero que la aparta de lo engorroso que caracteriza a gran parte de la novelística del siglo XIX.

Que en la elaboración de la novela se recurre a crónicas de la Colonia se muestra varias veces, por ejemplo cuando se habla de la religiosidad del buen gobernador, que años después ocupó el lugar del conde de Peñalva, “azote de la provincia”: “la historia dice”, “según dice la crónica”; “¿cómo se apoderó de este secreto la historia? No se sabe; pero supuesto que la historia lo afirma, la novela no ha de ponerlo en disputa” (II, quinta parte cap. 13, p. 349).

En las referencias a las fuentes escritas sobre las que se erige la novela, el autor deja ver su preocupación por la escasez de documentos históricos,

según lo que pueda entenderse de una u otra frase suelta cogida de paso en los papeles antiguos, porque descripciones detalladas sería en vano irse a buscar en escritos de aquellos tiempos en que no había libros impresos relativos a Yucatán, que la historia de nuestro buen Padre Cogolludo, el devocionario del Padre Lizana; la relación del bachiller Valencia y el informe contra los indios idolátricos de esta tierra escrito por el Dr. don Pedro Sánchez de Aguilar y Galiano; y aun de estos libros los tres se han perdido, con poca esperanza de recobrarlos (II, quinta parte, cap. 1, p. 222).

Ante esa carencia y porque “en Yucatán, por la incuria y abandono, *por la falta de una imprenta*, por las repetidas invasiones de los filibusteros, la memoria de los sucesos más interesantes está perdida” (las cursivas son mías), Sierra O’Reilly se mortifica y quiere que su novela sea al mismo tiempo una crónica importante de la historia del siglo XVII en la provincia:

Algunos hechos de nuestra historia antigua se hallan olvidados, o si oscurecidos por una absurda tradición. Me he apoderado de esos hechos, los he ataviado a mi modo y voy presentándolos al público no tanto para su recreo como para familiarizarlo con las ideas, costumbres y tendencias de una época algo remota. ¡Oh, vosotros que con tanta ligereza condenáis trabajos ajenos, venid a ver lo que cuesta muchas veces la simple verificación de una fecha (I, segunda parte, cap. 1, pp. 134-135).

Y así como en *La hija del judío* el escritor alude a papeles antiguos que la validan, así también hace referencia a sus lecturas tererarias, “nada hay más fácil que robar a Alejandro Dumas, Bulwer Lytton, Eugenio Sue o Walter Scott la paleta de los colores que han servido para pintar y encarnar a Haydea, Alicia, Fl

de María o Flora Mac-Ivor” (I, primera parte, cap. I, p. 7). Y junto a los escritores y personajes citados —que corresponden a los modelos literarios de la novela folletinesca e histórica del siglo XIX—, de inmediato el autor reflexiona sobre su trabajo de reconstrucción, “pero esto nos alejaría de la exactitud histórica, porque mi María es un hecho, una verdad, y la verdad para lucir brillantemente no necesita de vanos adornos” (*id.*)

A diferencia de *El judío errante* de Sue (1845-1846), novela folletinesca que es un ataque a los jesuitas, la de Sierra O’Reilly publicada tres años después es una defensa de esta orden religiosa. En *La hija del judío* se lee:

Y por Dios, que nadie vaya a figurarse que abrigó la idea de hablar acerca de los padres jesuitas con la animosidad y encono que emplean algunos escritores modernos, o los que tienen algún motivo particular de odio y malevolencia contra esta célebre y perseguida sociedad [. . .] si bien pudo mezclarse en algunas intrigas tenebrosas provocando así trastornos y disturbios —lo cual no seré yo quien lo niegue— y si, por último, su presencia y espíritu dominante pudieron preparar la ruina de algunos países, en Yucatán, por el contrario, no hicieron sino mucho bien, difundiendo las luces entre la ignorante juventud de aquellos tiempos (I, primera parte, cap. 2, p. 11).

Estas líneas llaman la atención de José López-Portillo y Rojas, quien dice:

Juicio tan sereno sorprende en el escritor, e indica la rectitud de sus ideas y la independencia de su carácter, tanto más cuanto que Sierra debe haber leído antes de escribirlo (porque todos lo leyeron entonces), aquel novelón de folletín escrito por Eugenio Sué en 1844, con el título de *El judío errante*, el cual excitó contra los jesuitas el odio de muchos incautos<sup>15</sup>.

El mismo Sierra O’Reilly confirma su postura ante los jesuitas y ante la presencia de éstos en *El judío errante*:

No diré (como digo otras muchas cosas que acaso se presumirá que digo o quiero decir) que el socio del Prepósito fuese tan astuto y

<sup>15</sup> JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS, “La novela, su concepto y su alcance”, en *Estudios sobre la novela mexicana*, ed. E. Carballo, UNAM-Universidad de Colima, México, 1988, p. 116.

maligno como aquel padrecito tuerto que, según las crónicas de *Judío Errante*, fue enviado de Roma a París para dar el golpe decisivo al celebérrimo y ominoso padre Rodín [...] porque en ninguna parte de los infolios que he consultado para escribir la presente historia se dice nada de eso, y [...] porque yo creo positivamente que todo ello es pura invención (I, primera parte, cap. 7, p. 66).

*La hija del judío* recoge a su manera la presencia jesuita de *El judío errante* y la desarrolla con otro elemento fundamental: la Santa Hermandad formada jurídicamente y en secreto por la Confederación de Cabildos de Mérida, Campeche y Valladolid (I, segunda parte, cap. 14, p. 253)<sup>16</sup>, para protegerse y poner justicia a los abusos del gobierno impuesto, en este caso ilegalmente, desde el virreinato<sup>17</sup>.

En el caso de la novela mexicana, la visión está a favor de los jesuitas y de la Santa Hermandad; no así de la orden franciscana que según el texto tuvo mucho que ver con la persecución del primer portugués que llegó a Yucatán —el abuelo de la hija del judío— y que además ayudó al gobierno del conde de Peñalva. La visión que justifica y favorece a la orden jesuita y a la Santa Hermandad, sin embargo, no está exenta de crítica.

El entramado de la novela, construido en el contexto inquisitorial, se hace con estos elementos fundamentales: además de la presencia de la orden jesuita y de la Santa Hermandad —ambas conformadas como grupos compactos—, están las demás autoridades eclesiásticas y políticas, representantes del poder central y local. De esta doble organización depende el destino de la hija del judío y del hijo del exregidor de Campeche. Son estos personaje

<sup>16</sup> Cuando se informa sobre esta organización secreta, se dice que para constituirse se tuvo en cuenta una confraternidad española idéntica que existió durante el gobierno de la casa de Trastámara (I, segunda parte, cap. 14, p. 153).

<sup>17</sup> Encuentro de gran importancia el dato que ENRIQUE MARTÍNEZ LÓPEZ ofrece en su excelentemente bien documentado artículo sobre “La leyenda del judío errante en la literatura de cordel española”, *BHi*, 92 (1990), 789-82. Cuando se refiere a una imitación de la novela de Sue titulada *El judío errante en España, novela original española* de 1845, MARTÍNEZ LÓPEZ anota: “Si Sue había utilizado el mito del Judío errante como pretexto para atacar a los jesuitas, el anónimo autor de esta novela (atribuida a Estanislao de Koska y también a Juan Cortada y Sales) lo aprovecha para arremeter contra la sociedad secreta El Ángel Exterminador y los carlistas” (*ibid.*, p. 792, n. 1). Tres años después el judío errante está en la península yucateca, también entre jesuitas y una sociedad secreta. A diferencia de la novela francesa y la española, *La hija del judío* plantea otra posibilidad frente a este mito.

en el presente de la novela, los últimos miembros de una cadena genealógica en los que se resuelve el conflicto racial y social iniciado desde principios del siglo xvii<sup>18</sup>. Una y otro son descendientes de españoles y portugueses radicados en la península yucateca.

Así, *La hija del judío* traza relaciones históricas y geográficas entre México (Yucatán específicamente), España y Portugal, triángulo no común en la literatura mexicana. Esta relación tiene que ver con la persecución de los judíos en España y con los años de independencia de Portugal.

Sierra O'Reilly combina todos estos elementos y configura su novela, que tiene como punto de partida la historia real. A mediados de 1600 gobierna en Yucatán don García Valdés y Osorio, conde de Marcel y Peñalva, y vizconde de San Pedro Mártir de la Vega. Hay gran descontento por parte de los comuneros, que han formado la Liga de los Conjurados para defender los intereses locales. Viene una época de hambre, de desolación, de peste y muerte. Algunos historiadores afirman que el conde de Peñalva monopolizó y escondió en aquella época los granos de maíz. Se dice también que fue muerto a puñaladas. Otros, en cambio, piensan que no fue así, sino que hubo descontento porque el gobernador no permitía los abusos de los encomenderos, y que murió de muerte natural.

La historia oscila entre estas dos versiones, y frente a ellas la novela de Sierra O'Reilly opta por la primera<sup>19</sup>. De allí desata su gran relato, en un teatro de intrigas cuyas entretelas son políticas y eclesiásticas. Del hecho histórico pende la ficción, enriquecida por el drama afectivo de algunos personajes.

La situación que el folletín peninsular presenta al lector implícito de su novela es la de una provincia desolada, "en ciento veinte años que lleva de conquista y sometida a la corona" (I,

<sup>18</sup> Según la novela, se inicia con la persecución en Yucatán de Teodoro de Álvarez, durante el reinado de Felipe III; continúa, ya en época de Felipe IV, con la de Felipe Álvarez de Monsreal; y concluye años después, durante el mismo reinado, con la pretendida coacción de la libertad de la hija de éste. En los tres casos, no es la monarquía sino la Inquisición la que se encarga de dar las sentencias. En el último, asegurando para el Santo Tribunal los bienes de la hija del judío.

<sup>19</sup> En 1879 Eligio Ancona publicó su novela *El conde de Peñalva* (Imprenta de Manuel Heredia Argüelles, Mérida) y dos años antes José Peón Contreras había representado el drama *El conde de Peñalva* (Teatro Principal de la ciudad de México, 15 de agosto de 1877). En ambos casos la novela de Sierra O'Reilly es un antecedente importante en el tratamiento literario del personaje.

segunda parte, cap. 3, p. 150)<sup>20</sup>. El estado de pobreza en el que se encuentra Yucatán durante la Colonia se debe a “las logrerías de los encomenderos, la avaricia de los frailes y tiranía de los cabos de justicia”. Y sin ninguna promesa de grandes sucesos epectaculares, el escritor se hace acompañar por el lector en el escenario de las acciones, vistas a la luz o a las tinieblas de la Inquisición.

Aspecto fundamental en la hechura de esta novela es precisamente —como en toda novela por entregas— la frecuente alusión al lector. En *La hija del judío* no sólo se habla al lector sino se tiene también presente a la crítica:

Ruego al lector que venga a hacer en mi compañía un viaje formal y no muy corto para la época. Tal vez eso es una escandalosa infracción en ciertas reglas; [...] lo que más puede acontecer es que digan algunos que la novela es mala a *ratione naturae*. Y eso no ha de causarnos —también lo aseguro yo— ni siquiera un resfriado [...]. Cada cual, pues, llene su misión que la mía es escribir lo que más venga a cuento y en la forma más holgada que me cuadre (I, segunda parte, cap. 1, p. 133).

El escritor muestra una vez más que se divierte con estas digresiones y aclara que es libre de escribir como se le venga en gana.

El interés por la recepción del folletín hace que en el paso de un capítulo a otro se concentre el cuidado por el lector. Sucede lo mismo en los interiores de los capítulos y en la relación y entrecruzamientos de éstos. Y no sólo se alude explícitamente al lector, sino que se construye un puente que cuelga de la imaginación enriquecida de éste, a base de una técnica narrativa que maneja el suspenso, la confesión hablada y escrita, la revelación de secretos que necesita, busca y encuentra depositarios, el desciframiento de claves y discursos, y el tejido y destejido de anecdóticos hilos narrativos y signos de intrigas.

Si hay un discurso que devela y subraya su proceso de elaboración, el hacer de la escritura, este discurso es el folletín, que hacer que requiere la mano firme y decidida del escritor, la discipli-

<sup>20</sup> Recuérdese que la conquista de Yucatán fue en 1542. En este pasaje se comenta que alrededor de 1640 Felipe IV, al oír las quejas sobre las injusticias cometidas en su nombre, pidió que se tratara mejor su “*predilecta* provincia de Yucatán, encargándose al virrey del Perú tuviese más cuidado en su administración. ¡Ni siquiera se sabía cuál era la posición geográfica de Yucatán!” (*id.*).

na y la constancia que dan lugar al oficio, y al mismo tiempo la capacidad de inventar sobre la marcha. Sierra O'Reilly lo sabe, pero también sabe que el primer ensayo de escritura ha de ser reelaborado. De esta manera, cuando concluye su escrito —25 de diciembre de 1849— da a conocer su preocupación por corregirlo. Es decir, hay que estructurar el folletín en forma de novela, lo que el escritor ya no pudo hacer.

Y *La hija del judío* queda para siempre de esta manera. Escrita en cinco partes, se desarrolla a lo largo de 80 capítulos; a excepción de la primera y la segunda partes que tienen quince y diecisiete respectivamente, las otras tres cuentan con dieciséis capítulos. La extensión de la novela y la uniformidad y simetría de los capítulos corresponden a las características de la novela decimonónica y en particular a las novelas publicadas por episodios<sup>21</sup>.

El presente histórico de la novela cubre un tiempo relativamente breve. Las acciones de la primera parte (pp. 1-131) ocurren a lo largo de 24 horas, a partir de “una noche calurosa del mes de mayo de 1660” (I, primera parte, cap. 1, p. 3). La narración retoma el núcleo generador de la historia, ocurrida más de quince años atrás —la persecución por judío y judaizante de Felipe Álvarez de Monsreal y el asesinato del conde de Peñalva, Gobernador y Capitán General de Yucatán—, y concentra en un solo día la relación entre el pasado y el presente —se obliga a la hija del judío a que entre en el convento y, así, puedan ser confiscados sus bienes. Esta primera parte perfila la solución futura del problema, que depende sobre todo de la inteligencia y astucia del prepósito de la Compañía de Jesús.

Desde el principio de la novela se muestra claramente —tanto en lo ocurrido años atrás como en el presente— que las órdenes y los mandatos de la Inquisición, dados desde México o desde Madrid, son respuesta a las quejas y acusaciones de los representantes del Santo Tribunal que habitan en la provincia.

<sup>21</sup> Se relaciona en línea directa con *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi (impresa en la oficina de don Alejandro Valdés, México, 1816; esta primera edición, trunca como la segunda, fue de tres tomos de 36 capítulos publicados por entregas durante seis meses) y con *El fistol del diablo* de Manuel Payno (*Revista Científica y Literaria*, México, 1845-1846; la publicación fue por entregas independientes). *La hija del judío* es una novela de folletín publicada por el autor en su propio periódico durante poco más de un año. Después de *El Periquillo*, la de Payno y la de Sierra O'Reilly son las novelas más importantes de la primer mitad del siglo XIX.

En nombre de la Inquisición se persigue y se castiga; con todas las de su ley, ésta procede al castigo y a la persecución.

Pero sucede algo importante. Al comienzo aparecen también los conflictos entre los mismos inquisidores. El comisario de Santo Oficio, deán de la Catedral, ha sido —en alianza con el conde de Peñalva— el principal perseguidor del supuesto judío. Es ahora el más interesado en que la hija de éste profese como monja, y sus bienes pasen a manos de la iglesia. El prepósito de la orden de los jesuitas, consultor ordinario del Santo Oficio, se opone al deán, y desde el principio de la novela se entabla entre ellos una lucha de intereses. En los planes del jesuita participa otro padre de la misma orden; naturalmente son ellos los que tienen contacto directo con los comuneros más ricos de la península.

El obispo, perteneciente a la orden de Santo Domingo y ajeno a lo que sucedió años atrás, decide intervenir lo menos posible en el mandato inquisitorial. Su confesor, religioso también de la orden dominica y por lo tanto secretario del Tribunal, se opone al deán y decide hacer alianzas con el jesuita. Los síntomas y manifestaciones de discrepancia entre los representantes del Santo Tribunal de la Fe y sus propios intereses —y los de su orden religiosa, como es el caso del jesuita— están fuertemente presentes en el texto.

La segunda parte de la novela (pp. 133-283) se sitúa tres meses después del día que cubre la primera parte y abarca tres noches. Se trata de un diálogo donde se cuenta con minucia la historia que da lugar al presente de la novela. Quien la narra es el socio jesuita del prepósito, y es narrada a un colegial de la orden enamorado de María, la hija del judío.

El conocimiento de la historia obliga al joven a contraer compromisos con la orden religiosa; el más importante de éstos es ser —como su padre, el orgulloso exregidor de Campeche— segleto de la Pía Unión, a la que pertenecen de por vida los jesuitas con el “sotana corta”. Esta complicidad, tramada por los dos padres jesuitas, favorece a la orden y al desenlace de la novela, en favor de éste de los personajes principales que son víctimas de las circunstancias políticas y religiosas.

A diferencia de la primera parte que se lleva a cabo en diversos lugares de Mérida —la casa donde se inicia la novela, el colegio jesuita de San Javier, el palacio episcopal, que destina una parte al estrado del Santo Tribunal y a la prisión de los reos “presumidos”, la iglesia del Jesús y el templo de las Monjas—

la segunda parte ocurre en el Colegio de San Ildefonso en México. Es éste el único espacio de la capital de la Nueva España que aparece en el texto y funciona sólo como escenario del encuentro de los dos personajes.

De Mérida a México ha sido enviado el socio jesuita por el prepósito para volver con un elemento importante —la alianza y el compromiso de por vida entre el joven colegial y la orden religiosa— que ayudará a dar el golpe final a los planes del deán de la iglesia: María no profesará como monja y, por lo tanto, sus bienes no serán confiscados. La orden religiosa ayuda y se ayuda antes que nada en la resolución del grave problema.

La tercera parte (pp. 285-362 del primer tomo y 9-82 del segundo) abarca una noche, y de nuevo las acciones se desarrollan en Mérida. Éstas consisten, sobre todo, en diálogos que discurren simultáneamente en espacios básicos de la novela: el Palacio de Gobierno —donde años atrás fue asesinado el conde de Peñalva—, la casa profesa de los jesuitas y el convento de monjas de la orden concepcionista. Cada diálogo y encuentro completa la historia del pasado, vista además desde diversas perspectivas. El padre dominico, secretario del Santo Oficio, pone en manos del padre jesuita un plan de operaciones que favorece los planes de éste, bosquejados desde el principio de la novela.

Por encima de las acciones están los diálogos, donde se pone en juego la inteligencia y astucia de los personajes. La intriga tiene en esta novela un alto grado de desarrollo, a partir de los diálogos, las discusiones y las estrategias ofensivas y defensivas de los prelados.

La cuarta parte (pp. 83-217) abarca dos noches; la primera es anterior a la que se desarrolla en la tercera parte. Las acciones ocurren en lugares estratégicos: en Chuburná, costa del golfo, por donde los personajes entran y salen de Yucatán; en la finca de Santa Teresa, propiedad de los jesuitas, desde donde pueden controlar el paso de la costa a Mérida; San Pedro Chicuaxim —escenario donde años antes se fragua el asesinato del conde, lugar de la frustrada ceremonia de iniciación del joven y donde se llevará a cabo la disolución de la Santa Hermandad—; en casa de la Profesa, donde el padre jesuita ha tramado el desenlace de las acciones; y en la sala de tormentos, donde el deán hace torturar a quien fuera su cómplice, el carcelero y familiar del Santo Oficio. Se prepara ya el final de la novela, que se anuncia con la llegada a Yucatán de un nuevo inquisidor, un comisionado regio.

---

La mayor parte de las escenas de estas cuatro partes ocurre durante las noches y en la oscuridad; si son en Mérida, se habi también de las “calles oscuras y solitarias” que separan uno lugares de otros. Con frecuencia se marcan los diálogos entre te ques de queda, de ánimas, de laudes y de maitines. Estas alusic nes dan cierto misterio a las escenas y, al mismo tiempo, trae a la memoria la época en la que se sitúa la historia.

Y por supuesto en *La hija del judío* no podía faltar el convento uno de los espacios fundamentales de la Nueva España. Y co el claustro, los pasadizos, la sala de ecos, el confesionario rojc los refectorios privados, las cárceles, las salas de tortura; todc éstos, espacios herméticos que se complementan con armarios sc cretos, muebles con mecanismos internos, instrumentos, prueba y amenazas de crueles tormentos, puertas cerradas, archiverc engarzados en la pared, los sonidos del reloj de catedral, signc de silencio, las insignias del Santo Oficio puestas en el hombr izquierdo, la capucha negra, los albornoces, el escapulario blar co, sombras que circulan en las horas nocturnas, rostros emboza dos, apariciones, encierros perpetuos, elementos todos que crea el espacio de la Inquisición perseguidora de la herética pravedac

La quinta parte (pp. 219-382) es el rápido desenlace de la acciones; éstas se llevan a cabo durante sólo unos días. La má importante de todas es la que ocurre en la sala de cabildos: el cc misionado regio, a quien la Corona otorga el máximo poder pol tico, toma posesión de su cargo. Este comisionado es nada menc que el fraile dominico, quien a su vez despoja de su cargo de cc misario del Santo Oficio al deán y se lo otorga al jesuita.

Poco después es envenenado misteriosamente el dominico, el jesuita sospechando que de nuevo la Santa Hermandad ha ir tervenido la disuelve. La novela concluye cuando los jóvenes, re sueltas todas las dificultades, parten por mar hacia Brasil y de al a Portugal<sup>22</sup>. El mar es uno de los pocos espacios abiertos qu

<sup>22</sup> Sin ser novela de piratas, hay en *La hija del judío* ecos de otros relato de Justo Sierra —travesías por el mar, filibusteros, contrabandistas, traficantes— que desempeñan funciones importantes en la novela. Pienso en *El filibustero* y en *Un año en el Hospital de San Lázaro*. *El filibustero* apareció en la Biblioteca de la *Revista de Yucatán*, Mérida, 1923. Esta edición fue publicada por Felipe Rosas Garibaldi, Mérida, 1932, y más tarde por Impresora Popular Mérida, 1940. Años después de la primera edición de esta novela, Eligio Arcona titula a una de las suyas con el mismo nombre (*El filibustero*, Librería Rosa y Bouret, Paris, 1866, 2 ts.). *Un año en el Hospital de San Lázaro* es propiamente la primera novela de Justo Sierra O'Reilly y es también la primera novela yucateca. Apareció por entregas en el folletín del *Registro Yucatec*

aparece en *La hija del judío* y es el que permite, una vez resuelto el gran dilema del texto, la salida de los personajes hacia lugares en donde no llega la mano poderosa y el fuego inquisitorial: “—La Inquisición de España —respondió con cierta especie de orgullo el jesuita— se extiende a los dominios españoles no más. La Sagrada Compañía de Jesús tiene poder en todo el mundo” (II, quinta parte, cap. 15, p. 367).

Este personaje, pieza clave en la novela, vuelve a Mérida, una vez que recibe noticias del elemento que completa la justicia divina del texto: “—¡Oh! —exclamó entonces el Prepósito—. Dios ha llevado las cosas donde yo no pensaba ciertamente. Hágase en todo su santa voluntad” (II, quinta parte, cap. 16, p. 382).

Después de los ochenta capítulos del folletín, que en varios planos temporales y espaciales desarrollan ese presente (1660) y ese pasado (primeros años de 1640, con alusión a los primeros años del siglo) en estrecha correspondencia, aparece un epílogo dividido en tres partes que retoma la historia concluida veintisiete años antes (o sea, 1687), para hacer un bosquejo histórico de España y Portugal, y para aclarar lo sucedido con el final de la historia y de los personajes de *La hija del judío*<sup>23</sup>.

Y ya es hora de aclarar que ni la hija, ni el padre, ni el abuelo son judíos. El mismo título del libro se ironiza en el desenredo de la trama<sup>24</sup>. Esta ironía también acompaña a la seriedad de

---

Mérida, 1845-1846; son los mismos años de *El fístol del diablo* de Manuel Payno. *Un años en el Hospital de San Lázaro* también fue editada por Victoriano Agüeros, con una noticia bibliográfica de Francisco Sosa, en *Biblioteca de Autores Mexicanos*, ts. 54 y 55, México, 1905. Muchos años después, fue reimpresa por la Biblioteca de la *Revista Social*, Mérida, s.f. (tomo este dato de ESQUIVEL PREN, quien dice que fue reproducida aproximadamente treinta años después, art. cit., p. 17).

<sup>23</sup> La novela ofrece aspectos importantes en el tratamiento de los personajes. El jesuita reúne atinadamente los rasgos con los que se reconoce a su orden religiosa, entre otros, astucia, inteligencia, capacidad de intriga; el deán, además de misógino (no le concede a las mujeres ni siquiera la capacidad del sentido común) aparece con una personalidad retorcida, que se ve incluso en el análisis que se hace de su firma; los caballeros españoles de provincia se enorgullecen de ser hidalgos de “solar”. Las mujeres son fuertes y decididas: una mata al conde de Peñalva y se convierte en la liberadora del pueblo; la otra, su hija —la hija del judío—, se opone con violencia a profesar en el convento, enfrentándose al sistema del poder. Estos y otros personajes, con estos y otros rasgos, llaman la atención sobre todo si se piensa que es un texto del siglo pasado; si bien son de papel, en ningún momento aparecen acartonados.

<sup>24</sup> Hay también ironía del destino en el caso del personaje que defiende

don Justo en el tratamiento del tema, incluso en asuntos tan graves como es el destino de los procesados por la Santa Inquisición

Cierto que nuestros pobres abuelos tuvieron la desgracia de verse privados del sublime espectáculo de los autos de fe, en que los malos cristianos eran quemados en una hoguera pública, porque esta ejecución solemne se verificaba en México; pero en recompensación veían desaparecer misteriosamente muchas personas sin volver a saber de su paradero, sospechándolo únicamente por el destino que se daba a sus fortunas, que jamás pasaban a sus legítimos dueños (I, primera parte, cap. 7, p. 56).

Y junto a la ironía la crítica: la Inquisición no sólo inquirió y castigaba lo que consideraba delito, sino que detentaba los bienes de los perseguidos y desaparecidos. En la historia narrada la fortuna de la hija del judío es el gran botín que se codicia. El problema que subyace no es de carácter racial, social ni moral sino que es fundamentalmente económico.

Este planteamiento aparece desde el principio de la novela: en la carta que se recibe de Madrid, en la que el secretario del Santo Tribunal recomienda “se proceda desde luego a asegurar de una manera eficaz todos los bienes secuestrados al reo (I, primera parte, cap. 7, p. 57).

La misma carta pone a funcionar un elemento muy importante en la novela, el signo escrito que circula por todo el texto: pergaminos, manuscritos, cartas, billetes misteriosos, notas cifradas, convenios. . . Se mencionan escrituras como el *Manual de los inquisidores* del padre Torquemada y los reglamentos de los procedimientos del Santo Oficio; hay documentos relacionados con el poder de horca y cuchilla; se extraen papeles escondidos; se arrancan confesiones y acuerdos firmados.

El prepósito de la orden jesuita es el único que tiene acceso a toda la información. Revisa y estudia cuidadosamente los archivos, las piezas de los procesos, los legajos, la historia toda de la Inquisición en Yucatán. Y no sólo eso sino que, en ese siglo xvii, envía pergaminos en letra de molde. Porque durante dieciocho años él y su socio han inventado un aparato. Se trata de una imprenta, por supuesto ignorada por todos:

---

a capa y espada la pureza de su sangre. Se opone al casamiento de su hijo con la “hija del judío”, sin saber que él mismo se ha casado con la hija de un judío. De nuevo el texto hace justicia en donde es necesario.

Quede, pues, profundamente reservado que desde hoy en adelante la provincia de Yucatán tiene una imprenta, de que sólo debemos usar en las grandes emergencias. Aunque yo soy Consultor Ordinario del Santo Oficio y tengo gran valimiento en México, Madrid y Roma, sepa Dios cuál sería nuestra suerte si el atentado que acabamos de cometer llegase a noticia de un tercero (I, primera parte, cap. 2, p. 13).

Frente a la tenebrosa maquinación inquisitorial surge la máquina reproductora de signos que, en forma clandestina, emite órdenes y mensajes<sup>25</sup>. La lectura correcta de los billetes que el preposito escribe y circulan subrepticamente crea una situación de privilegio para él y de debilidad y desconcierto para sus enemigos. El jesuita posee la capacidad de reproducir signos sin que exista ninguna sospecha. De este modo se apropia de la situación, mientras prepara estrategias de poder impresas en la maquinaria que ha inventado.

El miedo frente a la escritura, que supuestamente sólo puede emitirse desde el Santo Tribunal, permite que cambien las situaciones y el destino de los personajes.

Si en nombre del Santo Oficio se cometen atrocidades, en nombre del signo escrito se intenta restituir un orden de carácter económico, afectivo y social. Con la restitución de los derechos se clausura la novela. La máquina tipográfica ha burlado la maquinaria de la Inquisición.

SARA POOT HERRERA

University of California, Santa Barbara

<sup>25</sup> El dato se basa en una imprenta legendaria, que se dice existió en la época colonial. De este modo, Sierra O'Reilly aprovecha la leyenda y convierte la imprenta en el objeto más importante de toda la novela. En la realidad histórica la imprenta se introdujo en Yucatán en 1813.

